



PTERODÁCTILO

SPRING 2011 · Nº 10

Revista de arte, literatura, lingüística y cultura
Department of Spanish and Portuguese
The University of Texas at Austin

EL QUE LLORA ÚLTIMO, LLORA PEOR

por Paula C. Park

Tocó la campana para la hora de almuerzo y los niños desprendieron esa inquietud que llevaban guardada por casi una hora. Se formó un laberinto de sillas de madera mientras más de la mitad se fugaba de la sala de clases. Unos gritaban de alegría, otros retomaban un juego pendiente del recreo anterior, dos niñas se subían la falda para estrenar sus piernas delgadas, y atrás de ellas, la más bella del curso, se retocaba sus labios brillantes con un lápiz labial de melón. Uno de los más altos, el Sapo Todopoderoso, salía pegándole coscorrónes duros a su compañero de escritorio, su mejor amigo. Se tomaba muy en serio eso de que los que se quieren, se aporrean.

En 5 minutos o menos, desde la ventana del segundo piso, en donde estaba la sala del 4to B, se veían las piernas y brazos desparramados por la cancha de mini-fútbol. Entre todos ellos, el callado, Javier, actuaba como si no pudiera encontrar su almuerzo. Se demoraba y buscaba unos panecillos de atún envueltos en plástico que su mano derecha ya había contactado dentro de su mochila tan sólo segundos después de que había tocado la campana. Ya la sala estaba casi vacía. Era cuestión de esperarse un rato más. Quería ser el último en salir. Un niño, Rodrigo, trataba de esperarlo, caminando pausadamente hacia la puerta. Igualmente no podría jugar a la pelota porque no lo

invitaban, porque era muy lento, desinteresado y además obeso. No podía correr detrás de nada. ChanchiPanza, lo había llamado una tarde el Sapo Todopoderoso, y luego Guatax, Rodrigordo, Rodrigrasa. Cuando se acordaba de todos sus nombres, el pobre gordo lloraba y se dedicaba a comer más y más, a devorar las cosas más picantes que encontraba para así poder disimular su pena y sus tardes eternas de niño gordo.

Por fin se dio por vencido por una especie de vergüenza, y se retiró de la sala dejando solo a Javier, quien seguía trajinando su mochila. Ya seguro de que el horizonte estaba despejado, sacó finalmente los panecillos de atún a vista pública. Ya no había público y había dejado de sentir la presión de tener que mirar a los otros, de tener que hablar, de tener que hacerse amiguitos para invitarlos a su cumpleaños. El año pasado había salido "Mejor compañero del curso." Ni él, ni los que habían votado por él comprendían cómo, pero cómo habrían sido impulsados a escribir en letras cursivas: "El mudo." Medio en broma y medio porque les encantaba cristalizar el bautizo de sobrenombres. Pero de alguna manera, después de un año, sus compañeros lo habían olvidado. Después de numerosos acosos, el Mudo estaba agradecido; no quería ser escuchado por nadie. Ser una planta, eso era lo único que quería.

—¿Javier? ¿Estás bien?—Le había preguntó hace unos meses la profesora durante un recreo, luego de rescatarlo del ataque de los compañeros de curso que le estaban haciendo cosquillas en multitud, para ver si por lo menos así se le escapaba un poco de voz, una risita.

—¡Habla! ¡Ríete Mudo huevón!—Javier primero había respondido con esa felicidad automática del cosquilleo, pero ya después era el horror: tenía la cara hecha tomate, a punto de soltar un llanto desesperado. Pestañeaba vencido, dejando correr gotas saladas

por sus ojos de venado. Al ver a la señorita, la Miss Marcela, su heroína, se sintió aliviado.

—Niños—dijo la profesora—si siguen haciéndole cosquillas o si siguen llamándolo así les voy a dar un *detention* y los voy a mandar al baño para que se laven la boca con jabón. — Era un jabón de color gris, un jabón con olor a pescado. Claro que nadie quería salir del colegio con aliento a pescado, así que dejaban de pronunciar los apodos en frente de la Miss Marcela.

El Mudito caminó hacia la cancha luego de tragarse rápidamente dos de los cuatro panecillos de atún. Le quedaba una caja de jugo, pero la tenía guardada en el bolsillo para tomársela en el camino de vuelta a casa. Mantenerse ocupado con minucias era la mejor forma de disimular su falta de participación en el mundo. De pronto, apareció el Sapo con sus amigos a pedirle, o más bien a arrasar con lo que restaba del cariño matinal de su madre.

—Dame, dame, dame, dame, dame, dame, dame, dame. —Sonaba odiosa y tenebrosa la marcha indiferente. Le pisaron la punta de los pies y el orgullo hasta dejarlo con las manos vacías.

—UUUU, qué rico el pancito con atún y mayo de tu mami—le dijo el Sapo Todopoderoso. Javier lo miró haciéndose más mudo, garabateándolo en su cabeza: “Maldito Sapo, Sapo de mieceerda.” Había aprendido a odiar gracias al renacuajo de mierda. Los panecillos habían desaparecido. Para consolarse, se mordió la lengua y guardó pedacitos molidos y salivadas entre encías. Así, como si fueran un dulce, le durarían más.

Ya quedaban un cuarto de hora para volver a clases. El tímido seguía caminando arrastrando sus pies. Trataba de olvidar el robo de los panes, que nadie se diera cuenta de que él seguía ahí, suficientemente alejado de la cancha. Lo había mirado por unos instantes la más bella del curso, con sus labios radiantes y perfumados. Pero ni por ella ni por nadie o nada en su vida le daban ganas de hablar. De pronto oyó gritos por un rincón bajo las escaleras. Era una de las típicas peleas de los viernes, anticipación o sinopsis de la acción que se daría con el fin de semana. Esta vez, uno de los luchadores era novedad, era Rodrigo. Y se enfrentaba con el ya-acostumbrado-a-pelear, el Sapo Todopoderoso, el mismísimo villano Sapo de mierda.

—¡Pégale Sapo! —Lo animó su mejor amigo— ¡Dale por la grasa de abajo! ¡Eso! ¡Buena! ¡Queremos san-gre! ¡Queremos SAN-GRE! Queremos ¡SÁN-GRÉ!

De pronto todos coreaban el mismo cántico sádico, deseando ver gordura revolcándose en el suelo. Tratando de contenerse uno al otro, la pelea iba hirviendo. Los espectadores esperaban la victoria del Todopoderoso. Pero la verdad era que el gordo se sabía defender bastante bien. De un momento a otro, se puso incluso en la ofensiva. El Mudo, quien había subido unas escaleras al frente de la zona de combate, miraba la lucha desde lejos. Seguía los movimientos del gordo con admiración. Por fin llegó la heroína (esta vez la del Sapo) con sus tacones que apuraban su paso.

—¡Ya niños! ¡Paren! ¡*Detention* para los dos! —Los separó con la ayuda del profesor de inglés quien con una vena en la frente los riñó:

—¡Basta niños! ¡Váyanse de vuelta a clases! Se acabó la hora de almuerzo. *Go to your classrooms NOW.*

El Sapo no quería quedar mal. Hizo su último intento con los puños bien formados, en posición de boxeador todopoderoso diciendo:

—Yapo, ponte a llo...rar gor...do iguat...ttón! —Su ahogada garganta lo traicionaba, le corrían lágrimas gruesas, lágrimas ultra visibles. Tocó la campana y todos comenzaron a irse a clases, excepto los contrincantes, quienes acabarían en la oficina de la subdirectora.

La gordura a fin de cuentas había vencido al mal sapiente. Rodrigo no le respondió. Practicaba la técnica del mudo con una Rodrigracia elegante y natural. Sabía muy bien que triunfo le pertenecía. Muchos niños e incluso niñas se fueron de vuelta a clases con sus vidas afectadas por la sorpresa de hace unos minutos. Tal vez Rodrigo se convertiría en el gordo buena onda del curso, o del colegio—el amigo de todos. Sin duda ese año saldría elegido “Mejor compañero.” El gordo distinguió al Mudo a la distancia, quien seguía mudo, pero que desde ahí le decía con una sonrisa y una voz imaginaria:

—¡Buena, campeón! ¡Le ganaste!

El rumor y el llanto del Sapo se extenderían hasta en la sala de los profesores. Ya todos sabrían que el Sapo en el fondo era un llorón, le tocaba llorar y lloraba peor que todos.